

**Ante la serpiente del mal:
comentario extemporáneo a otro texto de Taussig**

Axel Lazzari¹

Sobre *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*, de Michael Taussig. Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2002.

El ideal ascético continúa teniendo por el momento
una sola especie de verdaderos enemigos y damnificadores:
los comediantes de ese ideal --pues provocan desconfianza.
(Nietzsche, *La genealogía de la moral*)

Hace diez años escribí un comentario extemporáneo a un texto de Taussig cuando se cumplían dieciocho años de la publicación en inglés y cinco desde la versión castellana de *El Diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*. Ahora escribo otro comentario extemporáneo a otro texto de Taussig, veintidós años después de la publicación en inglés y tras siete años de la primera versión en castellano que lleva el nombre *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*. Aquel hablaba para los estudiosos del campesinado en los ochenta y este hablará para los eternos hacedores de magias y contramagias.

Terror y Cura son las dos partes de un libro que ya anticipa que es posible, pensable y deseable una cura del terror. Taussig ensaya su propia visión de lo que podría ser la liberación y vuelve a revelar, como tantos otros, que las limitaciones cognitivas de un dado horizonte histórico no inhiben y tal vez requieran de la extralimitación de la voluntad, en este caso, la de hacer trucos que espanten a los aterrorizadores.

He querido centrar mi comentario en tres capítulos donde se exponen los puntos de vista principales de la primera parte del libro, “Cultura del terror, espacio de muerte”, “La economía del terror” y “El espejo colonial de producción”. En el primer capítulo están planteados los problemas: ¿qué es, cómo se produce y reproduce el terror como cultura?, ¿cómo se entiende la cultura?, ¿es el locus del fetichismo? Y en tal caso, ¿qué implica?,

¹ Antropólogo; docente e investigador de IDAES-UNSAM.

¿es posible escribir/luchar contra el terror, contra la cultura, contra el fetichismo? En fin, ¿qué epistemología moral, qué formas de representación y de afectividad pueden llenar el vacío dejado por la desesperanza? El capítulo “Economía del terror” lleva en su título una parodia de la explicación, aquella que despliega la razón utilitarista propia del terror. Funciona como un pretexto para adentrarse en la hermenéutica de signos clave de la cultura colonial del terror: “tortura” y “peonaje por deuda”. El capítulo “El espejo colonial de producción” levanta el guante arrojado en el primero. Conociendo ya lo que Marx llamaba el “secreto de la mercancía” –la metamorfosis entre cosas y humanos–, ¿es posible salvar al género humano como Marx creía? ¿Es la creencia en la humanidad obstáculo o condición de la liberación? ¿Hay otra humanidad posible?

Retomando preguntas: ¿qué es el miedo, el terror? Con certeza, un estado fisiológico pero sobre todo psicocultural. Señalemos aquí el entronque de Taussig con la tradición que sale de Boas, pasa por Benedict y Geertz y circula por tantos otros caminos llevando siempre en alto la bandera de que la naturaleza humana es la cultura (entendiendo lo social dentro de ella). Para Taussig, sin embargo, la anterior proposición es parte del terror. La cultura del terror o, para ser más específicos, el Terror/Cultura es el dispositivo que instituye *sustantivamente* culturas naturales (*Natürvolker*, el hombre salvaje), culturas naturalizadas (ideología, hábito), naturaleza culturalizada (antropologismo culturalista), naturaleza natural (naturalismo) y escapa de una a otra “críticamente”. En el terror, “naturaleza” y “cultura” alternan constantemente sus posiciones de superficie y profundidad. Es el efecto de lo que Marx describió como fetichismo de la mercancía. Lo expresado hasta aquí no está trabajado por Taussig a modo de proposiciones teóricas sino a través de destellos de lucidez y raptos de coherencia dentro de una conversación ficticia con los modos narrativos de Timerman, Dorfman, Artaud, Asturias, un Indio, Conrad y Casement. Taussig nos pone en presencia de un discurso que se quiere hecho de fragmentos, que parasita los trozos de pensamiento abstracto imitando al pensamiento salvaje o el fetichismo precapitalista del que hablaba en el *Diablo*. Junta y rejeta, compara bordes y aristas preorganizadas y afectivizadas por el mundo de la vida y si no encajan...no, no, no nos engañemos, al ser sustancias, siempre encajan. Es más importante comunicar algo con algo que distinguir qué es comunicable y qué no lo es.

Toda abstracción es teorización y, por lo mismo, terrorización vía cosificación. Pero no desestimemos fácilmente este discurso echando mano a consabidas descalificaciones como “esteticismo”, o peor, “anarquismo”, “conservadurismo”, “reacción”. Taussig *también* declama constantemente contra esto que él, siguiendo a Benjamin, identifica como la fascinación romántica por el “lado misterioso del misterio” (y si no declamara, ¿sería malo de todas formas?). Hay que quedarse tranquilos, a él no le importa el en sí, lo inefable, lo no útil, esas otras tantas apariencias del Terror animista.

Aclaro algunas facetas del Terror: absurdo, desorden, inconexión y a la vez, ¡orden, sentido, conexión! ¿Quedó claro? Es que el Terror es el espacio de muerte, el umbral desde donde se divisa la división entre el significante y el significado, entre el signo y la cosa. En el Terror las cosas no tienen sentido y el sentido es una cosa que mata o, como dice el Foucault de la biopolítica, obliga a vivir. El Terror/Cultura es localizado por Taussig en el colonialismo como modo histórico de existencia. Y nos lo pinta como la piedra de toque de la hegemonía, aquello que produce y articula las identidades fragmentadas de amos y siervos. ¿Quién hace de siervo aquí? ¿Y quién de amo? Taussig juega al amo. Piensa que Latinoamérica es un inmenso bloque de “realismo mágico”. Los poscolonialistas latinoamericanos lo han criticado porque advierten que nos aterroriza/teoriza bajo el sanbenito de un colonialismo pensado desde la academia del Primer Mundo. Somos sus monitos preculturales que salvaremos su mundo. Pero, ¿no era que el esclavo sabía más que el amo porque sabía de su propio cuerpo colonizado? Quizá siendo sus monitos colonizados sepamos y sintamos más que Taussig. ¿No es acaso éste el mismo discurso que ensayamos cuando nosotros mismos somos los amos de nuestros informantes subalternizados? ¿No decimos “ellos resisten apropiándose” y así nos sentimos mejor que exclamando simplemente ellos resisten o ellos no resisten? Cierta crítica a Taussig, en esos términos, parece mala conciencia.

¿Qué se trae entre las manos Taussig con el fetichismo (del colonialismo)? Lo pone dentro de la misma serie de Terror y Cultura. Es el espacio donde se produce y reproduce la alquimia que transforma las cosas en humanos (animismo) y los humanos en cosas (reificación) y, esto es clave, materializa separaciones. El fetichismo del colonialismo y el capitalismo es semejante a la idea de Latour de una modernidad que no se da cuenta

del todo que produce híbridos (fetiches) que luego purifica en sistemas categoriales. El Terror enclava una separación analítica en un *continuum* de pliegues sensoriales. ¿Pero no se dan cuenta que esto que tengo en la mano es una cosa? ¿Que la cosa es distinguible/alienable de mi persona? Ya Malinowski, uno de los padrenuestros (a su vez, hijo del Gran Papi Colonialista), describía en el Kula cómo el hombre salvaje se resistía con el cuerpo a la obligación social de desprenderse de un collar que *no* le pertenecía. En el Kula, a diferencia de la “Economía”, nadie daba ni recibía nada que no fuera un darse o recibirse en una (dis)continuidad con lo que se daba o se recibía. El fetichismo capitalista al igual que el terror no siempre mata pero impulsa a vivir a costa de entregar el alma al diablo, endeudándose con el Estado, la sociedad y el mercado y creyendo que uno puede cancelar esa deuda. El fetichismo genera ese tipo humano que Goethe y Spengler analizaron como el hombre fáustico o trágico, aquél que quiere el bien y obtiene el mal, que quiere el mal y obtiene el bien.

Las paradojas del Terror/Cultura/Fetichismo constituyen un régimen de verdad en cuyo exterior nada es pensable o decible. Pero siempre quedarían los cuerpos o pedazos de sustancia material dando vueltas por ahí. ¿Es posible dejar de pensarnos como efectos o causas ilusorias y así aludir/agarrarnos a “otra realidad”? Antes de explicar, hay que sentir(nos) y para ello el “nos” debe sufrir una transmutación radical. La humanidad abstracta, condición del valor de cambio y del fetichismo, debería reencantarse y concretizarse. No se trata de que el hombre salvaje y el nosotros deban fundirse (nada de cristianismo popular) ni que se emitan decretos filosóficos blanqueando los largos diálogos que establecemos con un vestido o un auto. Entonces, ¿qué epistemología moral, qué modo de representación/hechura para la liberación de las cosas y los hombres con las cosas y los hombres? Siguiendo a Conrad, Taussig considera ensayar una forma que “penetrando el velo, retenga la cualidad alucinatoria” del mundo de la vida. Y esto no es otra cosa que la ya mencionada yuxtaposición, el montaje, la negativa a la síntesis en favor de la ambigüedad y la elusividad encarnada.

En “Economía del Terror” el objetivo de Taussig es reflexionar sobre los que podrían considerarse los profetas de nuevos miedos. Ya en el primer capítulo había identificado dos modos de representación del Terror en la frontera del Putumayo. El de Roger

Casement –cónsul británico, criptohomosexual y luego traidor irlandés– basado en un modelo realista y el de Hardenburg –cronista americano, filosocialista– centrado en el sensacionalismo melodramático. Ambos escritos eran conscientemente bien intencionados en su denuncia del salvajismo de los civilizados, razón por la que la deconstrucción de Taussig no sólo va dirigida a marcar sus paradojas y contradicciones internas sino que también es un mensaje contra el salvacionismo. Esto impone a Taussig la tarea de no mostrarse intencionado hacia el Bien, algo que, como casi todos los que estamos en este negocio, logra a medias.

El método consiste en aislar un símbolo clave en el discurso –aquí el “peonaje por deudas”– y mapear los significados que se le atribuyen. Luego se trata de notar que los discursos son interdependientes. Haciendo inventario de explicaciones realistas y utilitaristas del peonaje por deudas –pretexto, disfraz de una *real* esclavitud– o intuiciones fenomenológico-culturalistas –la deuda, *en verdad*, implica la idea de contrato y por lo tanto la esclavitud no existe–, Taussig considera que en un caso sólo se “penetra el velo” y en el otro se retiene su “cualidad mítica”. Ambos discursos reproducen la mitología del capitalismo colonialista. Es que el problema es la conciencia, sea utilitaria o estética. ¿Hay que elegir entre racionalismo y romanticismo? ¿No son dos apariencias fetichistas del Terror? En tanto el primero cosifica a la gente (son efectos de fuerzas económicas), el segundo anima a las cosas (la cultura todo lo puede). En lugar de una síntesis o una depuración de ambas versiones, Taussig hace con ellas un collage.

Estaríamos ante la deuda como fetichismo: los hombres son deudas, una “obligación calculable” y las deudas “circulan” porque tienen patas como los hombres. El papel de la deuda (Taussig, como Bataille, no siempre escapa a cierto utilitarismo) es unir y fragmentar a amos y siervos corriendo el límite Salvajismo/Civilización. Tengo una sospecha: hacer jugar el fetichismo (en este caso de la deuda) como razón última, ¿no es también animar el *concepto* de fetichismo de una vida que no le es propia? En algún lugar esta recursión al infinito tiene que detenerse antes de la muerte. Deseamos una cura.

Taussig antes de formarse como antropólogo en Londres había estudiado medicina, creo, en Australia. Ya sabemos a qué atenernos. Cuando un médico se hace antropólogo sólo puede curar como manosanta.

El último capítulo que comentaré enfrenta el problema de cómo escribir y vivir contra el régimen de verdad del Terror. Ya nos había advertido el autor que, al igual que el Dante con su guía, estaba dispuesto a subirse a espaldas de Jacobo Timerman para explorar la posibilidad de un discurso desde el infierno. Un discurso así sería una deflexión, una *detención* del trajín alocado que confunde cosas y personas. Porque Taussig duda de la hermenéutica y su interminable desovillar de historias de historias de historias del Otro colonizado. Aquí, según él, el Otro siempre es un esclavo de lo Mismo como en el espejo colonial de producción. Otra humanidad posible debería seguir el camino de la hiperfetichización del mundo.

Al fin y al cabo, ¿qué le *hicieron* los chamanes del Putumayo a Taussig? Es un misterio (no he leído la segunda parte del libro donde los chamanes indios desempeñan el papel de sanadores; además me han contado que habla de cosas ya conocidas como la memoria-relámpago, el tiempo apocalíptico y el montaje surrealista, marcas todas de la industria aurática de Walter Benjamin; y que muchos leen esa parte para defender que el *yagé* no debe ser apropiado por los “grandes laboratorios” ni criminalizado porque es un “bien cultural”; y que Taussig, según las malas lenguas es un etnógrafo mediocre, ¡qué vergüenza!). A pesar de todo esto, imagino algunas indicaciones de cómo podría funcionar la cura.

Todo se altera *como de costumbre* en este desorden ordenado de “realidad” donde los muertos-vivos se intercambian con los vivos-muertos, la cotización cambia porque sí, el dengue porcino es rey y los sacerdotes discutimos nuestras teorías falsamente antagónicas recostados contra el cartón pintado de la historia, la cultura y la sociedad. *¡De repente!* surge la Realidad y la Utopía. Todo muta como siempre pero algo está apresado en la intuición: la alterabilidad, lo que no cambia cambiando, el eterno retorno.

Seamos concretos, el Terror se cura siguiendo estos pasos. Primero, es importante que el sanador al que se acuda esté maldito, que sea un “hombre salvaje” (temporalmente o de modo más institucionalizado). Asumir este lugar del fetichismo alienante nos dispondrá a la ansiedad y el miedo necesarios para presentir el Terror. Para Taussig se trata de un Indio que vive en una frontera selvática, pero también puede ser un ex policía, una ex prostituta, un perseguido por la justicia, o quizá baste una mujer maquillada y con

tailleur. Generalmente cualquier Indio Chamán tiene certificado de Capo entre los descastados. El sanador comienza entonces administrando algunas dosis de deconstrucción y relativismo pero sólo con el fin de distraernos imitando la crítica moralista y racionalista. Por ejemplo, nos dirá: “deberías haber concurrido al entierro de tu pariente, pero...”, o quizá: “no deberías tratar así a tus esclavos, aunque...”. Nada por aquí y levanta un velo, nada por allá y levanta otro, así va el hermeneuta hasta que en el *momento menos pensado* saca el conejo y la galera. ¿Debajo de qué estaban? Los elementos del Terror –pedazos de cuero cabelludo, relatos de vacaciones felices, billetes, tres libros, tal vez sangre menstrual, una promo de aerosamba-fitness, otro escarpín– han sido yuxtapuestos y transformados en un fetiche. El fetiche aparece, su fabricación nunca se ha visto. ¿El conejo estaba adentro de la galera antes del truco? El fetiche vuela como un proyectil hacia el paciente, se le pide que lo frote por su cuerpo o que duerma con él, que le ponga un nombre, o que se lo coma o que le hable o que lo escuche o que lo destruya o que lo escriba. En el embrujo el paciente ha sido alterado no como de costumbre sino de un modo intenso, reconcentrado y sorpresivo. Ya sabemos que los magos están para eso. No, nunca sabemos realmente para qué están los magos. Si lo supiéramos estaríamos completamente perdidos, planificando como sacerdotes la próxima gran matanza purificadora. O haciendo informes.

La palabra ralenta su ritmo metamórfico hasta detenerse en una imagen y resucitar un cadáver: hiper y contra-fetichismo. ¿Se ha hecho esto usual veintidós años después de la publicación en inglés y tras siete años de la primera versión en castellano que lleva el nombre *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*? La magia de la que habla Taussig puede estar normalizada, claro, y empezado en algún momento, claro, y estar hecha por farsantes, claro (y esto es una condición *sine qua non*), y ser un negocio, claro, que nos pone en deuda (al farsante hay que pagarle y el precio lo pone él). Se nos vienen a la cabeza chantas, simuladores, tricksters como Coelho (más conejos), la gente tóxica que habla de gente tóxica, las psicofradías, Bucay, las sectas evangélicas y vaticanas, Jodorowsky, los encuestadores políticos, los metaanalistas de la realidad. Y Taussig mismo. Pero seguimos sin poder saber de donde salió el conejo. Hay que creer. ¿En qué? En que la serpiente del mal nunca podrá perder su

belleza. Sólo se trata de que se trague su desencanto, hechizándola para que se muerda la cola. ¿No era ese uno de los símbolos de la eternidad, lo extemporáneo que hace olvidar el terror a la muerte? Por suerte este libro de magia ya ha pasado de moda.